

ton. Danton hecho sustituto del procurador del común, vino á recibir por decirlo, de mano de los realistas las armas con que había de combatir á la realeza. La comuna de París fué desde entonces la máquina, la pieza de artillería que él manejó, sin dar todavía la cara. En el gran consejo de la comuna, en el consejo municipal, contaba con una minoría muy ardiente que podía servirle de ayuda.

No era posible esperar á los veinte mil federados del 14 de Julio: el peligro era inminente. La espada de Lafayette estaba pendiente sobre París, que además tenía clavado en los riñones el puñal realista. En los Jacobinos se discutía todos los días sobre las personas; nadie se acordaba de las cosas ni de las realidades. Robespierre empapaba todas las resoluciones en un torrente de agua tibia. Su manía era impedir la llegada de los veinte mil, y empujar á la Asamblea á la revocación de su decreto, lo cual era volver á la vaina el acero.

No había que pensar en combatir á Robespierre en los Jacobinos. Danton se hubiese estrellado. Había que neutralizarle de una manera indirecta. Era necesario conmover la sociedad, hacerla salir de su prudencia casera, soliviantarla con la tonante voz del pueblo, de suerte que, si valiéndose de la espada de Lafayette intentasen un golpe de Estado los Fuldenses y la corte, se pudiese responder en el instante mismo con un gran movimiento de París, sin que los Jacobinos hiciesen la contra. Contra el general, contra el ejército que tal vez llevase en pos, era necesario el ejército popular.

Danton, en quien rebosaba una vida poderosa, en quien toda vida vibraba, tuvo siempre bajo su mano un vasto teclado de hombres que manejaba á su antojo hombres de letras, hombres de acción, fanáticos, intrigantes, algunas veces hasta héroes: la escala inmensa y variada de las buenas y las malas pasiones. Como aquel intrépido fundidor que para limar el metal en fusión arrojaba mezclados los platos y las fuentes, los vasos innobles y sucios, que fundidos en un mismo crisol y á un mismo tiempo, produjeron por igual un dios, del mismo modo el gran artista de la Revolución tomaba de todas partes los elementos puros é impuros, los buenos y los malvados, las virtudes y los vicios, y vertiéndolos juntos en las profundas matrices, hizo surgir la estatua de la libertad.

Tenía á su disposición á Camilo Desmoulins, el Voltaire de la Revolución, y no lo utilizó. Manejaba también á un artista admirable, el autor de Philinta, Fabre d'Eglantine, y no se sirvió de él. Prefería lanzar agentes anónimos. En aquellas circunstancias, todo desconocido tenía sobre todo hombre conocido una inmensa ventaja: se llamaba el Pueblo.

¿La escena que vamos á referir fué obra de Danton para embarazar á los Jacobinos, ó fué un hecho espontáneo, una inspiración verdaderamente popular? No intentaré decidirlo.

El 4 de Junio, el día mismo en que los Fuldenses se habían arro-

jado á pedir la acusación de Petion, un hombre de chupa, del barrio de San Antonio, se presenta en los Jacobinos y arrebató al concurso con una oración admirable. No esa vana palabrería que la sociedad está acostumbrada á oír todos los días: un discurso rudo, atrevido, profundamente calculado, prodigiosamente audaz... Allí se ve la sencillez del genio: no es posible negarlo.

Aquel desconocido, fuerte en su traje de obrero y con sus manos callosas, habló como el aldeano del Danubio al Senado jacobino; le dijo las verdades. Para hacer tragar la píldora, descargaba también golpes sobre todo lo demás, hombres y partidos; Fuldenses, Gironda, etc. He aquí en síntesis sus palabras: «Ya lo veis, dijo: Soy un hombre de chupa; pues bien; yo me atrevo á reunir todavía diez mil hombres... He de advertiros, señores, que os ocupáis demasiado en personalidades. Siempre estáis agitados por disputas de amor propio, en tanto que la patria reclama vuestra atención... Yo mismo iré el domingo á presentar petición á la Asamblea nacional; y si no encuentro Jacobinos que me acompañen, no importa, la leeré yo solo... Aunque no llevemos calzones, no nos faltan sentimientos... Con Juan Jacobo Rousseau, os diré que la soberanía del pueblo es inalterable. Sostendremos á los representantes mientras cumplan con su deber: si faltan á él ya veremos lo que nos toca hacer... ¡Y yo mismo, también soy miembro del soberano!» (Grandes aplausos.)

De esta manera fué proclamado, en el seno mismo de los amigos de la Constitución, el derecho á destruirla, el imprescriptible derecho del pueblo de recobrar, en caso de necesidad, su soberanía por medio de la insurrección.

No era aquella, de ningún modo, la tradición jacobina. El 13 de Junio, cuando salieron del ministerio Roland y los Girondinos, Robespierre, temiendo algun movimiento, habló largamente aquella noche para impedir que se ocupasen demasiado del ministerio caído. Y dijo que «era preciso cortar las insurrecciones parciales, que no hacen más que enervar la cosa pública.»

«Juntémonos alrededor de la Constitución... Ninguna otra medida ha de adoptar la Asamblea más que la de sostener la Constitución... Si tocamos á ella, otros vendrán diciendo: el mismo derecho tenemos nosotros á modificar la Constitución...»

Jamás estuvo más pesado, más ajeno á la situación. En aquel terrible peligro del exterior y del interior, cuando la Francia perecía precisamente por el uso que el rey hacía de la Constitución, predicarla, recomendarla, era por lo menos una torpeza.

Aquella nulidad en un momento tan solemne, hubiese matado y enterrado á Robespierre si no hubiera sido el jefe y la esperanza de una pandilla, determinada á apoyarle á pesar de todo, si no hubiera sido aceptado desde largo tiempo como pedagogo y maestro de escuela, regente de los Jacobinos.

Danton dijo de él una frase muy vulgar, pero muy grave, y que caracteriza vigorosamente su incapacidad para cualquier cosa práctica, de ejecución inmediata: «¡Ese b... no es capaz de cocer un huevo!»

Robespierre concluyó tristemente con estas palabras, en verdad demasiado prudentes, que debían cubrirle y salvarle [suciediera lo que



El jardín de Palais Royal

sucediese: «Que conste que me he opuesto á todas las medidas contrarias á la Constitución.»

Danton se guardó muy bien de contestar á aquella homilia. Pidió que se aplazase la discusión hasta el día siguiente: «Mañana, dijo, me comprometo á llevar el terror á una corte perversa.» Al día siguiente se contentó con reproducir poco más ó menos lo que ya había sido dicho por uno de sus amigos, Lacroix: Que era preciso destituir á los genera-

les, renovar los cuerpos electorales, vender los bienes de los emigrados, interesar á las masas en la Revolución, haciendo pesar casi todos los impuestos sobre los ricos. Dijo que era necesario que fuese repudiada la reina y despedida con consideración y seguridad. Añadió: «Que una ley de Roma, hecha después de Tarquino, permitía que se matase sin juzgarle á cualquiera que hablase contra las leyes.» Y otras muchas

LA PRENSA DE LA REVOLUCION

No. XXVI.

**L'AMI DU PEUPLE,**  
ou  
**LE PUBLICISTE PARISIEN,**  
JOURNAL POLITIQUE, LIBRE ET IMPARTIAL,  
PAR UNE SOCIÉTÉ DE PATRIOTES.

*Et rédigé par M. MARAT, Auteur de l'OFFRANDE  
À LA PATRIE, du MONITEUR, & du PLAN  
DE CONSTITUTION, &c.*

Vitam impendere vero.

**VERSAILLES ET PARIS.**  
Du Mardi 6 Octobre 1789.

*Trame odieuse contre la Nation. — Moyens de  
faire face aux besoins de l'Etat. — Denon-  
ciation de plusieurs Membres indignes de diriger  
vers Comités de l'Hôtel de Ville.*

*Hôtel de Ville de Paris.*

**P**our se laver d'une imputation malheureusement trop fondée, l'Assemblée des Représentants de la Commune s'est oubliée jusqu'à faire afficher contre moi un Placard injurieux. Je serois indigne de la confiance dont le Peuple honore son incorruptible défenneur, si ma loyauté pouvoit

Cc

**COURIER DE PROVENCE.**

*Pour servir de suite aux Lettres du Comte  
de MIRABEAU à ses Concitoyens.*

No XXXI.

Des 22 & 23 Août.

**A** MESURE que l'Assemblée avance dans la déclaration des droits, elle semble forcée de s'écarter de la marche qu'elle avoit d'abord adoptée.

Une déclaration nue des droits de l'homme, applicable à tous les âges, à tous les peuples, à toutes les latitudes morales & géographiques du globe, étoit sans doute une grande & belle idée; mais il semble qu'avant de penser si généreusement au Code des autres Nations, il eût été bon que les bases du nôtre fussent, sinon posées, du moins convenues.

Pour avoir suivi la marche inverse, l'Assemblée, malgré tout son empressement d'arriver au grand but d'une Constitution Nationale, malgré ses longues, pénibles & nombreuses séances, malgré un travail dont aucune histoire, depuis les loix de Moïse jusqu'au Code Russe, n'offre d'exemple, l'Assemblée se trouve aujourd'hui très-peu avancée. Chaque pas qu'elle va faire dans l'exposition des droits de l'homme, on la verra frappée de l'abus que le citoyen en peut faire, souvent

A

Primera página de «El Amigo del Pueblo», de Marat, y de «El Correo de Provenza», de Mirabeau

cosas vagas y violentas que podían distraer la atención y dar gusto á los Jacobinos sin revelar ningún proyecto de actualidad.

El 14, sin embargo, Legendre, hombre de pasiones sencillas, sincero y colérico, al que Danton manejaba á su antojo, fué al barrio de San Antonio para ponerse de acuerdo con el hombre influyente del barrio, el cervecero Santerre. Este, de raza alemana, grande, gordo y pesado, una especie de Goliath, sin ingenio ni talento (como lo demostró en la Vendée), tenía lo que conmueve á las masas, apariencias de va-

lor, de buen corazón y de hombría de bien. Era rico, repartía pródigamente, de lo suyo sin duda, pero también, puede creerse sin trabajo, el dinero que el partido orleanista ó el que fuera, quería distribuir. Comandante del batallón de los *Quinze-Vingts* podía disponer del barrio; era muy estimado. Daba apretones de manos á todo el mundo; ¡pero qué apretones! Cervecero rico, oficial superior con grandes charreteras, yendo y viniendo por el barrio sobre su gran caballo, no se mostraba sin embargo orgulloso con la gente pobre. Era un patriota famoso y con una voz que podía oirse desde la barrera del Trono hasta la puerta de San Antonio.

El honorable cervecero iba casi siempre acompañado de buen número de pobres diablos, vencedores de la Bastilla, á los que daba de comer y de beber; y de otros menos honorables, oradores de plazuela, de los que se valía para promover asonadas; por ejemplo, un joven joyero holgazán, que á fuerza de hablar, de chillar y de audacia, llegó á general para desgracia de la República, el inepto general Rossignol, conocido en la Vendee por sus tonterías como perseguidor de Marceau y de Kleber.

Estos eran los compañeros de Santerre. Veamos los que se unían á estos, los que desde el 14 al 20 se reunían en su trastienda llevados por Legendre desde el barrio de San Guzmán ó de otros barrios. Los Franciscanos estaban en gran número.

Había desde luego cabezas de motín, hombres singulares que se hallaban indefectiblemente en todas partes donde había ruido, que se distinguían ó por la potencia de su voz ó por algún defecto físico ó por cualquier ridiculez, que divertía á la muchedumbre y servía de bandera.

Entre ellos un aullador admirable, Saint-Hurugue, un marido célebre, encerrado antes del 89 por los poderosos amigos de su mujer, y que iba gritando que vengaría sus desdichas conyugales hasta la extinción de la monarquía. Grande y gordo, armado de un enorme bastón, en los motines disfrazado á veces como los mozos de cuerda del mercado, Mr. de Saint-Hurugue daba miedo á la canalla misma.

Había también un jorobado terrible (siempre se han distinguido en la Revolución) el abogado de Marat, Cuirette Verrieres. Ya hemos visto á caballo, el 6 de Octubre y el 16 de Julio á este polichinela sanguinario. Verrieres, hablador intrépido, no fué superado más que una sola vez: fué en una causa en que la parte contraria ideó que informase contra él un abogado con mayor joroba que la suya.

Un hombrecillo, Mouchet, negro, cojo, patizambo, especie de Diabolo cojuelo, que divertía con su actividad, sin ser del complot, se agitó mucho el 20 de Junio. Era juez de paz en el Marais, oficial municipal y ceñía banda. El jefe natural del barrio debiera haber sido el héroe del club de los Mínimos, la contrafigura de Danton, el pequeño y furioso Tallien, pero se hubiera significado demasiado Danton.

Un tartamudo ingenioso, anglo-italiano, Rotondo con las costillas aun doloridas por los golpes que había recibido en Julio del 91, pensaba desquitarse en Junio del 92.

Y juntamente con estos habladores, había un hombre que no hablaba, pero que mataba: el auvernés Fournier, conocido por el Americano.

El director del barrio Saint-Marceau, que iba por la noche á casa de Santerre, era un tal Mr. Alexandre, comandante de la guardia nacional. De allí iba también un hombre de acción, elegante y fatuo, que no habiéndose distinguido arriba se lanzaba abajo en brazos del pueblo el polaco Lazouski. Era capitán de los artilleros de Saint-Marcelo.

Creeré que del barrio de Saint-Jacques, iba á casa de Santerre un artista extraordinariamente exaltado y apasionado, Sergent, que tuvo la gloria de ser cuñado de uno de nuestros héroes más puros, Marceau, y que tuvo también la desgracia, la infamia (inmerecida, á mi juicio) de haber organizado la matanza de Septiembre.

El 16 se propuso el asunto por el polaco Lazouski. Era ministro del consejo general de la comuna. Anunció en el consejo que, el miércoles 20 de Junio, los dos barrios presentarían peticiones á la Asamblea y al rey, y plantarían en la terraza de los Fuldenses el árbol de la libertad en memoria del Juego de Pelota y del 20 de Junio del 89. Como el consejo denegase la autorización, declararon los peticionarios que prescindirían de ella, que la Asamblea recibía bien á los peticionarios del otro partido (y en realidad el mismo día 19 recibió á todo un batallón) y que no podía dejar de recibirlos bien á ellos.

Se decía que el rey acogería la solicitud presentada solamente por veinte personas. Chabot fué por la noche á las secciones del barrio de San Antonio y les dijo: «que la Asamblea les esperaría mañana sin falta con los brazos abiertos.»

En realidad aquella misma noche había recibido la Asamblea una moción fulminante de los marseleses: «Sobre el despertar del pueblo, de aquel león generoso que iba por fin á salir de su marasmo.» Había ordenado que esta demanda se enviase á los departamentos, y con este favor parecía que autorizaba el movimiento del siguiente día.

Todo el mundo se prometía asistir como á una fiesta. Algunos, más prudentes, se preguntaban: «¿Pero y si disparan contra nosotros?» Los demás se burlaban de ellos: «¿Y por qué? contestaban; allí estará Petion.»

El Directorio de París (Larochefoucauld, Talleyrand, Roederer, etcétera) prohibía la reunión y para impedirla acudía á la guardia nacional. Petion, mejor instruido, sabía que la misma guardia nacional en los barrios constituiría una buena parte de la reunión. Impedirla era imposible, pero podía regularizarla, hacerla pacífica llamando á filas á la guardia nacional en masa y haciéndola que tomase parte en el movimiento. Esto es lo que propusieron el 19 á media noche los administra-

dores de la policía. Convocado el Directorio en el mismo instante, se negó, no queriendo á ningún precio legitimar una reunión ilegal. Pero no tenía ninguna fuerza para hacer respetar aquella negativa.

Varias secciones no hicieron caso y autorizaron á los comandantes de batallón para que condujesen á sus gentes. Por otra parte el comandante general reunió y colocó varios batallones en el Carrousel y en las Tullerías, de suerte que la guardia nacional corría peligro de chocar con la guardia nacional, renovando la terrible escena del Campo de Marte. Esto es lo que temía Petion y lo que quiso evitar á toda costa.

En Junio amanece muy temprano. Desde las cinco de la mañana eran muy considerables los grupos en los dos barrios. Los municipales, con sus bandas les arengaban en vano. Aquella multitud, mal armada con sables, picas y palos, compuesta de hombres, mujeres y niños, no se presentaba en manera alguna hostil ni violenta. Así lo afirman expresamente infinidad de testigos. Por regla general habían tomado las armas y los cañones por prudencia y para su seguridad, por miedo, según decían, de que hicieran fuego contra ellos. Temían que hubiera alguna asechanza en las Tullerías, alguna emboscada revelada de pronto en aquel antro de la monarquía. «No queremos hacer daño á nadie, decían á los municipales; no hacemos una asonada, queremos únicamente presentar una petición como han hecho los otros. A ellos les han acogido bien; ¿por qué excluirnos á nosotros?» Luego todos hombres y mujeres, les rodeaban y les decían cordialmente: «Vamos, señores, venid con nosotros, colocaos á nuestra cabeza.»

La columna principal, salida de los *Quinze-Vingts*, con el álamo que se debía plantar, llevaba al frente una tropa de inválidos, por jefe á Santerre y á un mozo de cuerda del mercado (ya sabemos que era Saint-Huruge.)

Cuando llegaron á la plaza de Vendome y atravesaron la calle de Saint-Honoré, se encontraron enfrente de un puesto de guardias nacionales que les cerró el pasaje de los Fuldenses y el acceso á la Asamblea. El torrente, aumentado en el camino, se componía entonces de cerca de diez mil hombres; hubiera podido arrollar al puesto; pero existía generalmente en la multitud un espíritu de dulzura y de moderación. No intentaron luchar, abandonaron el proyecto de su árbol sobre la terraza, se dirigieron al patio vecino de los Capuchinos y se entretuvieron en plantarle.

Entretanto sus comisionados reclamaban de la Asamblea el favor de desfilar ante ella. Aseguraban que depositarían su petición sobre la mesa y ni siquiera se acercarían á las Tullerías. Vergniaud al pedir su admisión quería que por si acaso se enviaran al rey sesenta diputados. La precaución era muy sabia.

Cosa extraña, fué un Fuldense el que se opuso á ello, diciendo que esta precaución sería injuriosa para el pueblo de París.

Mientras la música que les precede toca el *ça ira*, entran, un orador

lee en la barra la amenazadora petición: contenía alguna frase violenta que trascendía á sangre; esta, por ejemplo, dirigida á la misma Asamblea: «¿La patria, la única divinidad que nos está permitido adorar, encontraría hasta en su templo refractarios á su culto?... ¡Que se nombren los amigos del poder arbitrario! El verdadero soberano, el pueblo, está aquí para juzgarlos.—Nos quejamos, señores, de la inacción de nuestros ejércitos (*esto contra Lafayette*). ¡Averiguad la causa de ello, y si proviene del poder ejecutivo, que sea aniquilado!—Nos quejamos de las lentitudes de la alta cámara nacional... ¿Se quiere obligar al pueblo á que vuelva á empuñar la espada? En seguida pedían permanecer sobre las armas hasta que fuera cumplida la Constitución.

La actitud del pueblo en cuyo nombre se acababa de leer esta moción violenta, no respondía á su contenido; estaba bullicioso, pero más bien alegre que amenazador. El tiempo era admirable, uno de esos días en que el cielo, por el esplendor de la luz y lo agradable de la temperatura, dá esperanzas á todos, y parece como que se encarga de consolar las miserias más profundas. La de París iba en aumento. A pesar de lo barato que se vendía el pan, como había cesado toda clase de trabajo y casi todo el comercio, había infinidad de personas hambrientas. Todo el mundo, sin embargo, obreros sin trabajo, pobres familias harapientas, madres cargadas de hijos, aquella masa inmensa de infortunados, se había levantado antes de amanecer de la paja ó del camastro; había abandonado las guardillas de los barrios, con la vaga esperanza de encontrar aquel día algún remedio á sus males. Sin conocer bien á fondo la situación, sabían en general que el obstáculo para todo cambio era el *veto* del rey, su voluntad negativa, inspirada sin duda por la reina. Era preciso vencer aquel obstáculo, hacer entrar en razón al señor y á la señora Veto. ¿Cómo y por qué medio? No habían pensado bastante en ello: excepto un pequeño número de directores, la multitud no tenía la menor intención de forzar la entrada de palacio.

¿Qué es lo que querían verdaderamente? Ir. Querían marchar juntos, gritar juntos, olvidar un día sus miserias, dar juntos un gran paseo cívico aquel día tan hermoso. Solo el favor de ser admitido en la Asamblea era para ellos una fiesta. La Iglesia comenzaba á mostrarse como realmente era, la enemiga del pueblo; ¿á qué altar podían recurrir aquellos desgraciados? A ninguno mejor que al templo de la Ley, á la Asamblea nacional. Allí iban en peregrinación, como en la edad media á los santuarios famosos en épocas de grandes calamidades.

Llegaron demasiado tarde, y ya muchos de ellos, levantados desde las tres ó las cuatro de la madrugada, en pie todo el día, obligados para sostenerse á pedir fuerzas al vino adulterado de París, se hallaban ante la Asamblea en un estado poco digno de ella. Varios bailaban al pasar y gritaban: «¡Vivan los patriotas! ¡vivan los descamisados! ¡abajo el veto!» En aquella muchedumbre que cantaba y danzaba, había, ¡contraste cruel! caras lívidas y demacradas, verdaderas imágenes de